

# TRATADO DEL TRÁNSITO

Mercè Altimir Losada

Facultat de Traducció i d'Interpretació de la Universitat Autònoma de Barcelona  
Psicoanalista

## Resumen

Una reflexión sobre el significado de «tránsito» sirve para anudar la experiencia de la ciudad y de la traducción. El tránsito es un espacio de desposesión de identidades, una incógnita irreductible a toda tentativa de elucubración de saber. Como objeto de estudio, se encuentra tanto en pensadores modernos como J. Lacan o M. Delgado como en otros muy antiguos como Lin-Tsi.

Palabras clave: Espacio de tránsito, lugar simbólico, urbano, torsión de la banda de moebius, no - identidad, umbral.

## Abstract

A reflection on the meaning of the word "transit" serves the purpose to link the experience of the city with the experience of translation. "Transit" designates a space of dispossession of identities, an enigma that knowledge cannot resolve. However, it has been the subject of study of contemporary thinkers such as J. Lacan and M. Delgado as well as ancient philosophers such as Lin-Tsi.

Key words: Space of transit, symbolic place, urban, torsion of the Möbius strip, non-identity, threshold.

Un «tratado» es un escrito que versa sobre una materia determinada. La nuestra será el «tránsito», y la hemos escogido con la voluntad de anudar una experiencia que concierne tanto a la traducción como a la ciudad, sin pretender con ello agotar el sentido implicado en ninguna de las dos palabras. Se trata, más bien, de cernir un elemento común a ambas: la experiencia de tránsito. En absoluto anodina, su puesta en acto supone, por el contrario, un momento crucial de suspensión del significado, una experiencia constituyente de la traducción y de la ciudad, también una condición de su posibilidad, e implica que el sujeto de la experiencia de tránsito acceda a devenir «paseante», a someterse a la prueba de un pasaje caracterizado por una necesaria desposesión del sentido y de la identidad. Queremos anunciar de entrada que a lo largo de toda la reflexión que sigue se

pondrá de manifiesto el impulso ejercido sobre la autora por la enseñanza de Jacques Lacan, el psicoanalista francés que teorizó la necesidad de establecer tres registros –real, simbólico e imaginario–, para dar cuenta de la realidad del sujeto. El tránsito es señal de lo real, que podemos definir con Lacan como «aquello que no cesa de no escribirse».

Un enunciado como «traducir la ciudad» resulta paradójico a primera vista. El *Diccionario de la Real Academia Española* señala que el término «traducir» procede del latín *traducĕre*, el cual significaba, según se indica y sin pretender por nuestra parte mayor ahondamiento, 'hacer pasar de un lugar a otro'. En cambio, los significados del actual «traducir» aceptados por la academia son: 1. expresar en una lengua lo que está escrito o se ha expresado antes en otra; 2. convertir, mudar, trocar; finalmente, 3. explicar, interpretar. Como vemos, el primer y el último significado nos remiten con claridad a una experiencia de lenguaje, a un saber práctico (un saber-hacer), a un *ars de la lengua* más que a una *ciencia del lenguaje*. Incluso se puede afirmar que ambos hablan de una misma actividad, ya que «explicar», decir en otras palabras, «parafrasear», puede considerarse una modalidad de traducción, a la que solemos llamar *intralingüística*, es decir, llevada a cabo en el interior de una misma lengua. La experiencia, en suma, consiste en el cambio de algo en otra cosa, de unas palabras en otras. O bien, si atendemos a la etimología latina de *traducĕre*, a un cambio de lugar; en este caso, y tal como se desprende de la traducción *inter* o *intralingüística*, se trata de un *lugar de palabras*, al que no hay razón ni necesidad de atribuirle una ubicación corporal.

En cuanto al segundo significado señalado por el diccionario, correspondiente a una serie de verbos que indican sin más el concepto de transformación – «convertir», «mudar», «trocar» –, elegimos circunscribirlo también al estricto horizonte del lenguaje. Éste es el caso de la maniobra metafórica, por ejemplo. Además, bajo las condiciones que la «conversión» impone al «trueque», el cambio de lugar puede entenderse, no en el sentido de una *x* que cambia de vestido-palabra al desplazarse, sino como un vestido-palabra que se transforma y que, al

transformarse, parece cambiar de lugar. Por consiguiente, de la significación del término «cambio» descartamos otras referencias posibles, en concreto las que conciernen al universo físico, como por ejemplo, el ciclo cambiante de las estaciones del año, el ciclo reproductivo o la transformación de CO<sub>2</sub> en oxígeno en las plantas. En definitiva, traducir es siempre un proceso de transformación circunscrito al límite impuesto por la palabra. Parece una afirmación obvia, pero dejará de parecerlo si esta posición teórica nos previene y advierte de la necesidad de mantenernos al margen de disciplinas muy actuales, de gran prestigio social, como las neurociencias. Finalmente, y retornando al enunciado paradójico inicial, pensamos que esta restricción del significado del cambio al campo del lenguaje que establecemos aquí, nos va a permitir acotar un ámbito circunscrito de vínculos posibles entre el significante correspondiente al verbo «traducir» y el correspondiente al sustantivo «ciudad», representante a su vez de un referente cuya naturaleza es simbólica.

Para decir verdad, y abro con este comentario un paréntesis, no estoy muy segura de que la construcción sintáctica propuesta<sup>1</sup> no sea un tanto engañosa y en realidad sea la ciudad la que nos traduce, la que habla de nuestra voluntad de dominio en un caso, de dejadez en otro, de hospitalidad o de aislamiento defensivo. Considerada de este modo, «traducir la ciudad» consistiría en explicar en palabras eso que la ciudad ya dice de sus habitantes en su mudez significativa. La ciudad, como las antigüedades egipcias y la piedra Rosetta a la espera de un trabajador apasionado como Jean-François Champollion, deviene un texto cifrado, escrito y reescrito ininterrumpidamente, una realidad actual abierta a la esperanza de un lector que anime su palabra. Pero abandonemos al «lector» de la ciudad, y hagamos como aconseja un dístico de Angelus Silesius: «Freund, es ist auch genug. Im Fall du mehr willst lesen, /So geh und werde selbst die Schrift und selbst das Wesen.» (“Amigo, por ahora es suficiente. Si quieres leer más/Vé y transformate tú mismo en escritura y letra”). El *tránsito*, tal como lo conciben algunos antropólogos urbanos, será el nudo de confluencia sobre el que nos

---

<sup>1</sup> «Traducir la ciudad» es el tema propuesto para el presente número de la revista.

proponemos trabajar en estas reflexiones. Pero antes de pasar a ocuparnos de ello, quisiéramos detenernos todavía en la tercera acepción de «traducir» que nos brinda el diccionario – «explicar», «interpretar»–, dado que la necesidad de distinguir haciendo uso de dos palabras por parte de los académicos nos suscita una reflexión. Por consiguiente, añadiremos que, enfrentados a un texto, «explicarlo» es una actividad del orden del saber: glosarlo, escribir notas aclaratorias de manera exhaustiva, comentarios eruditos, dar cuenta de las referencias lingüísticas y extralingüísticas. No hay novedad, hay saber académico, erudito, enciclopédico. ¿Qué es entonces, «interpretarlo»? Proponemos que la «interpretación», a diferencia de la «explicación», tiene que operar un efecto de sorpresa, la emergencia de lo nuevo cuando el texto despierta una luz que no esperábamos y que un lector audaz ha despejado. Si la luz, que es novedad en su esencia, procede de la «textura del texto» por sí misma, del autor o del lector, o de los tres conjuntamente, es algo susceptible de controversia, pero queda claro en todo caso que es, por lo menos, luz para el lector, aunque el origen de esa luminosidad suponga una interrogación abierta. La «interpretación», a diferencia de la «explicación», deja constancia de un salto, una discontinuidad; en definitiva, da cuenta de la existencia de un pasaje, un tránsito, que la actividad más capciosa de la explicación cubre y oculta. Con la interpretación nos sorprendemos, inquietamos, despertamos, mientras que la explicación nos contenta y nos tranquiliza narcotizándonos con su sabiduría y su poder supuesto, nos duerme encandilándonos. Hasta aquí, el comentario del vocablo «traducir». Proponemos, pues, la palabra «tránsito», portadora del morfema «trans-» (del lat. *trans*, 'al otro lado de', 'a través de'), significando el cambio simbólico, como nexo de unión de un vínculo de pensamiento entre la ciudad y la traducción. Podemos tratar de enunciar este vínculo: *la experiencia de la traducción y de la ciudad como procesos de tránsito*. Esa es la idea. Pero ¿qué entendemos por tránsito? Por el momento intentemos pensarlo como el espacio invisible, impensable, ilegible incluso, *en tránsito*, que existe entre dos lugares, A y B, claros y definidos. O dicho de otro modo, el espacio de tránsito como una manifestación de la ausencia en el centro mismo de la presencia de la

representación. No perteneciendo a la lengua, cuya dimensión ubica y precisa los lugares simbólicos A y B, es al mismo tiempo inconcebible sin ella. Cuál es su naturaleza y cómo se manifiesta en la ciudad y en la traducción será precisamente el objeto de la reflexión que viene a continuación.

«Cuando llegues al final de un camino, transfórmate y cruzarás el obstáculo», reza un aforismo taoísta, señalando la paradójica encrucijada del muro y el hueco de la abertura en el recorrido de la experiencia de cambio. El aforismo, el spot publicitario, el chiste o el equívoco son, con su fulgor de relámpago, algunas de las manifestaciones diversas de la existencia del espacio de tránsito. Con ellos arribamos a la poética del *witz*, del ingenio, de la gracia... de la sorpresa, de lo imprevisto. Hasta ahora hemos hecho referencia a *lugares* simbólicos, A y B, y al *espacio* de tránsito. Es necesario que distingamos con precisión entre ambos conceptos, el concepto de *espacio* y el concepto de *lugar*. Los lugares serán los puntos geométricos concretos que podemos situar en el espacio ordinario mediante un sistema de coordenadas, o los segmentos de fonemas ordenados según el eje paradigmático o sintagmático. Son puntos precisos, legibles, visibles a la mirada, audibles al oído. El espacio, en cambio, es de naturaleza amorfa, apunta a la aparición siempre actual del intervalo, ya sea entre los lugares precisos del territorio o en la discontinuidad de la cadena fonética del habla. O, mejor aún, se hace presente en la realidad de pentagrama que ocultaba la aparente linealidad de la cadena saussureana. Entre los lugares no hay otros lugares sino el espacio amorfo de tránsito.

Es también por la conciencia de la existencia oblicua del texto traducido – ese texto incansablemente lanzado al futuro–, como guardamos memoria clara, de un modo especial el traductor, del texto original, un tiempo anterior que ancla su flecha. También en este caso hay una discontinuidad irreductible. Y hay causa de aquello que muchos, perdida la memoria y ajenos al laborioso trabajo, pensarán que es origen. La experiencia es de alegría y pesadumbre, de creación y de pérdida. Podemos concebir a este espacio de tránsito, con su efecto de

discontinuidad en la experiencia del proceso de traducción, como un *acontecimiento de lo real* en una experiencia de trabajo textual. Aquello que acontece en la escritura como imposible de escribir.

Y del lado de la ciudad ¿qué nos evoca el tránsito? Para la ocasión, hemos decidido tomar como guía el concepto de lo *urbano* de Manuel Delgado (DELGADO, 1999), de modo que vamos a seguir a este autor para su definición.<sup>2</sup> Según Delgado, la *ciudad* se opone a lo *rural* por un lado, y a lo *urbano* por otro. En oposición al mundo rural, la ciudad se caracteriza por su alta concentración de población y de edificación estable. La ciudad reúne también una enorme heterogeneidad de identidades, algo que no ocurre con pareja complejidad en el ámbito rural.

Nos centraremos en la segunda opción, la oposición de la ciudad respecto a lo *urbano*, que consideramos más significativa. En este caso la ciudad significa el espacio *privado, poseído* e, incluso, el territorio marcado por la *identidad*. El domicilio, las oficinas, los monumentos turísticos y emblemáticos de la ciudad, cuidadosamente señalados en el mapa. En contraposición, los rasgos de lo urbano son el tránsito del paseante, el lugar de lo no poseído pero *disfrutado*, usado, practicado. El aeropuerto, los vagones del metro, las playas. En el espacio de andanza de lo urbano, andadura que permite pasar de un territorio a otro de la ciudad, la experiencia es de ausencia, de negatividad, de nadificación. En un pasaje bello y conmovedor, y en referencia al transeúnte, Delgado escribe lo siguiente:

“No se sabe apenas nada de él, salvo que ya ha salido pero todavía no ha llegado, que antes o después de su tránsito era o será padre de familia, ama de casa, oficinista, obrero sindicado, funcionario, amante o panadero..., pero que ahora, en tránsito, es pura potencia, un enigma que desasosiega.”

Atendamos a sus características:

---

<sup>2</sup> Cf. también Marc Augé, *Non-lieux: introduction à une anthropologie de la surmodernité*, 1992. El origen moderno de esta idea de «no-lugar» está, en nuestra opinión, en la obra de Jacques Lacan. Sin embargo, es posible hallar su rastro todavía más lejos, en «pensadores» antiguos del budismo zen como Lin-Tsi, tal como se mencionará al final de este artículo.

Lo urbano es efímero,

Es deslocalización, precariedad, sorpresa... tosquedad. Incalculable, imprevisible, incidental o accidental, aleatorio, lo urbano es fortuito.

Lo urbano es desamparo,

Los espacios urbanos son públicos; lo propio de lo urbano son los espacios deshabitados, incluso inhabitables. Es precisamente ese rasgo de no habitabilidad lo que los favorece en su función de transformación en espacios de uso, de práctica. Son espacios de tránsito de la ciudad las superficies comerciales, las calles, las playas, los aeropuertos, el metro, internet (en definitiva, los «no-lugares» definidos por Marc Augé en 1992); o los espacios semipúblicos, como cines, cafeterías, discotecas. La casa con sus moradores es el territorio de la identidad. Ahí es el lugar propio de los habitantes. En cambio, en el espacio urbano, el propietario se transforma en transeúnte, sin identidad, sin posesión, sin amparo.

Lo urbano, excitación sin reposo de lo *para-nacer*,

Es la partera y la comadrona del parto, cuya tarea elogiaba Sócrates en el *Teeteto*. El espacio de tránsito es un espacio de negativización, de creación de un hueco. Pero precisamente en el vacío de ese hueco entre los lugares del territorio la actividad es extrema. El espacio es excitación burbujeante, oxígeno de llama viva, murmullo poderoso a la caza urgente de palabras que ansían nacer. Informe, no creado, indiferenciado y tosco lo urbano es, sin embargo, la esperanza.

Lo urbano es filo de cuchillo,

Es corte creador, herida salvadora. En el espacio de tránsito, las identidades propias de los lugares del territorio, legibles, se desposeen y se cruza, cabeza gacha, el dintel del no saber.

A mayor número de dinteles, menor determinismo, mayor incremento de la probabilidad. Los físicos lo llaman «el mínimo barroco», pues el principal temor en la frontera no es, como bien señala

Delgado, temor al riesgo de cruzarla, sino más bien lo contrario, verdadero pánico ante la posibilidad de su desaparición, ya que la existencia del umbral es condición de existencia. Aunque nacida de causa por siempre desconocida, la manifestación de la discontinuidad revela la presencia invisible de la frontera. ¡Tan infinitamente cerca, tan extrañamente lejos!<sup>3</sup>

Lo urbano misterioso,

Este espacio de tránsito no puede ser ni dicho, ni imaginado, ni pensado, ni conocido. Tampoco puede ser leído, es ilegible.

En el básquet, cuando un jugador pasa el balón, a la mirada no le cuesta ubicar la identidad de la pelota en la posición de salida ni en la posición de llegada, momentos en que el balón está todavía quieto en manos de uno u otro jugador. En cambio, difícilmente lo podemos ver, ni leer, en el transcurso del movimiento. Del mismo modo, tampoco podemos leer el tránsito de la operación de traducción. Hay un momento de desvanecimiento y un momento de emergencia, y, en medio de los dos, lo no-conocido. La ciencia y la tecnología pueden aportar sin duda una cámara lenta que amplíe eso que al ojo sin aparejos artificiales se le escapa. Pero fotograma tras fotograma, cada clic es de modo irreductible un tiempo dos de un tiempo uno, y enfrentados a la observación infinitesimal, el intervalo se nos hace más estremecedor si cabe. Impotentes como Ícaro soñando con alcanzar el sol, lo imposible pinchando el globo vanidoso nos salva en el desasosiego.

Entre un saber viejo y un nuevo saber – en tanto una traducción es sin duda un nuevo saber que retroactivamente instauro el texto original como viejo saber–, hay un intervalo de tránsito y una pérdida. Ahora que son dos, una  $x$  los separa. La traducción es creación y no eco o reflejo especular del original. Una superficie sin espesor separa lo nuevo y lo viejo. Esa superficie sin profundidad –como la banda de moebius, cinta paradójica de una sólo cara–, es un recorrido, pues sólo

---

<sup>3</sup> La existencia de la «maldición de Babel» es la manifestación de la dimensión de lo real, en el sentido de Lacan, en el medio que constituye la realidad para el ser hablante: real-simbólica-imaginaria.

por un lapso de tiempo, por un acto de tránsito que solemos olvidar (la torsión inubicable de la banda), ha sido posible pasar de una realidad a otra sin haber abierto ni cerrado en ningún momento una puerta ni atravesado ningún puesto fronterizo. No decodificamos y recodificamos cuando traducimos.<sup>4</sup> Ni tampoco en el espacio urbano prestamos simplemente nuestro cuerpo a una serie de ritos convencionales cuando, ajenos a una identidad estable y reconocida, recorremos, desconocidos ante los otros y ante nosotros mismos, la ciudad. Algo tozudamente vivo persiste, inalcanzable pero permanentemente presente pese al chicle goloso del pensamiento.

No queremos terminar sin hacer alusión a otra expresión de este «paseante» ejemplar, otro sujeto de esta experiencia singular que está en el centro de las reflexiones de este trabajo. Se trata del «hombre verdadero» del budismo zen tal como aparece en los diálogos del maestro chino Lin-Tsi (fallecido alrededor del año 866 d.n.e.), un texto que fue traducido y comentado por Paul Demiéville en 1972. Precisamente, este renombrado experto en budismo chino y japonés, ya fallecido, fue el primer profesor de lengua china de Jacques Lacan durante los años de la ocupación alemana.<sup>5</sup> El «hombre verdadero» de Lin-Tsi es, por definición, indefinible, puesto que sólo existe en tanto escapa a toda identidad y a toda definición, tal como ocurre con el «espacio de tránsito» de Delgado o el «no-lugar» de Augé. O también como ese «acontecimiento real» que tiene lugar en la experiencia del proceso de traducción señalado por nosotros. Para decirlo en palabras de Lacan, lo «verdadero» del hombre escapa a cualquier definición en palabras. Ahora bien, no hay pretensión de constituir por esta razón una mística de lo inefable, puesto que requiere de las palabras para, precisamente –lo repetimos de nuevo por su interés para la traducción–, «no cesar de no escribirse». En la traducción, lo real es el «fallo» de la escritura y la constitución de la *versión*, la ausencia que ésta cierra. Pongamos ya punto final al «tratado» con esta observación: El

---

<sup>4</sup> El proceso textual implicado no se puede reducir a un trasvase ni entre significantes ni tampoco entre significados.

<sup>5</sup> Cf. Guy Flecher, *Lacan, koanalyste? Analyste, quoi!*, noviembre del 2008.

«tránsito» es el objeto de una reflexión de raíz muy antigua, que, modernamente, tanto Lacan, Augé, Delgado o yo misma, como muchos otros, nos empeñamos en resucitar y mostrar en diversos ámbitos de las ciencias del hombre y de las artes de la lengua.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANGELUS SILESIUS. (1990; 1994). *Cherubinischer wandersmann*. Munchen etc.: K.G. Saur.
- ANGELUS SILESIUS, (1624-1677), *El peregrino querúbico*. Madrid: Siruela.
- AUGÉ, M. (1992). *Non-lieux: introduction à une anthropologie de la surmodernité*. París: Éditions du Seuil, 1992.
- DELGADO Ruiz, M. (1999). *El animal público: Hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona: Anagrama.
- FLECHER, G. *Lacan, koanalyste? Analyste, quoi!* En: <http://www.lacanchine.com>
- LACAN, J. *Écrits*. París: Le Seuil, 1966.
- LIN-TSI, (1972) *Entretiens de Lin-Tsi*. París: Fayarde.
- PLATÓ, & MIGUEZ, J. A. (1977). *Teeteto, o de la ciencia* (5ª ed.). Buenos Aires: Aguilar.